



que fué menester muchas veces sacar de ellos los buques con cables. Colon no cedió sino á la imperiosa ley de la necesidad. Sus barcos, averiados con los frecuentes sacudimientos, las quillas destrozadas con los corales del fondo, las amarras gastadas, las velas rotas y casi podridas, las provisiones apuradas, y la galleta picada, le forzaron á decidirse, y fué preciso volver atras.

En medio de tantas contingencias, al disputar sus bajeles á los bancos de madreporas, á los laberintos de litófitos, en que los comprometiera su ardiente pesquision de los secretos de este mundo, el poeta y el naturalista estaban en él á la misma altura, y gozándose en los peligros, deleitaba su olfato con los perfumes (1) que saturaban el ambiente.

A trueque de sus fatigas gozó en esta navegacion el contemplador de las obras de Dios de grandiosos espectáculos de la naturaleza; pues á medida que iba aproximándose á las aguas profundas, limpias y trasparentes de las costas de la isla de Cuba, infinitas escenas, rebosando encantos y poesía, venian á dar animacion y vida á las soledades del Océano.

Un dia salieron á la superficie del mar un sin número de tortugas disformes que, como un ejército en marcha, obedeciendo las órdenes de su caudillo, se dirigia uniforme y matemáticamente alineado hácia el N., y tal era la afluencia de la tribu quelonia, que retardaba la marcha de los bajeles (2), que en vano la empujaban con sus proas. Estaban en la época de la cria, y de apartados abismos acudian, cual á cita misteriosa, á depositar sus huevos en las arenas de la costa meridional, para que el astro vivificador hiciera lo demas.

Otro dia, una escena distinta dejó aturridos á los navegantes con su algarabía. Bandadas de aves pelásgicas cruzaron por los aires, precedidas y seguidas de golpes de grullas y de cuervos marinos; caravanas areostáticas, emi-

(1) «Usci un'odore come di fiori di grandissima soavita.»—Fernando Colon, cap. LVII.

(2) «In pelagus incidit testudinibus magnis adeo consensus, quod naves aliquando detardarent.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ, Decadis primæ*, libro III, fol. 9.

graciones de pueblos plumíferos, peregrinos alados del archipiélago de la isla de los Pinos, de los Jardines de la Reina y de las más apartadas de las islas de los Cajmanes que, como si estuvieran convocados para un dia fijo, se dirigian, al pasar por Cuba, á un lugar desconocido.

Luégo silenciosos, pero ataviados con lujo extraordinario, llegaban los más veleidosos huéspedes del aire: millones de millones de mariposas con alas de preciosos y vivos esmaltes arabescos sobre fondos de oro, se extendian como una viviente cortina encima de la flota, pero tan tupida y doble, que no eran bastantes los rayos del sol (1) para pasarla, aunque si el viento para hacer que sufriera considerablemente, pues impelida por él se rasgaba con los masteleros y arboladura, dejando la cubierta sembrada de contusos, de heridos y de muertos. Sucediáanse los bandos unos á otros sin interrupcion, y por la tarde, chubascos del O. los ahuyentaban por completo.

Continuando su camino entró por las aguas, por que habia pasado ántes de llegar á la altura de la Evangelista, y que tanto inquietaron á sus marineros. Las olas, pesadas y sedimentosas, eran de un blanco tan puro que deslumbraban (2), y no podia irse á toda vela ni dejar de repetir á cada instante las sondaduras. A este fenómeno local, se unió pronto otro no ménos alarmante para la tripulacion, pero notable para un hombre investigador: la mar, negra como la tinta, y en la cual la vista se perdia. Cualquier otro que no hubiera sido el almirante habria retrocedido en presencia de tan formidable transicion. Al movimiento regular del mar se añadia en las inmediaciones de la costa agitacion periódica todas las tardes, á consecuencia de la lluvia matutina, cuya abundancia henchia los rios en su embocadura. Al fin, el 6 de Julio se tomó tierra á la extremidad del golfo que forma el saliente del cabo de Santa

(1) «Vennero a navigli tante farfalle, che oscuravan l'aria, e durarono fin a sera, che furon da una grossa pioggia sbandate.»—Fernando Colon, cap. LVI.

(2) «Erat aqua lactea spissaque ac si farinam toto illo pelago sparsissent.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ, Decadis primæ*, lib. III, fol. 9.



Cruz, donde las tripulaciones desembarcaron para solazarse un tanto. Los indios del país se apresuraban á llevarles víveres, de que tenian gran necesidad.

Para dar gracias á Dios de su proteccion á traves de peligros tan continuados, Colon hizo erigir un altar en un bosquecillo inmediato, y celebrar allí el santo sacrificio de la misa.

Durante la ceremonia, un cacique, anciano venerable, á pesar de su desnudez, se acercó, observando con atencion lo que se hacia. Comprendió que se trataba de una ceremonia religiosa, y despues que Colon hubo concluido de orar, el patriarca lo saludó, y ofreciéndole un canastillo de hermosas frutas que traia en la mano, y sentándose cerca de él, le dirigió por medio del intérprete Diego las siguientes palabras: «Justo es dar gracias á Dios por los beneficios que nos concede, y á lo que veo, vosotros acostumbrais á rendirle homenaje, lo que me place. Me han dicho que anteriormente habias recorrido con los tuyos estas regiones, que hasta entónces no conociste (1), difundiendo el terror entre los pueblos; pero no te enorgullecas por eso: acuérdate, prosiguió, de esta recomendacion que te hago: al salir del cuerpo, el alma encuentra dos caminos; uno conduce á una morada fétida y tenebrosa, dispuesta para los que han hecho derramar lágrimas á sus semejantes; el otro, á un lugar delicioso, preparado para los que durante su vida amaron la paz y la mantuvieron entre los hombres; así, si te crees mortal y piensas que cada uno será recompensado segun sus obras, no hagas mal á nadie» (2).

La piedad de Colon se conmovió y consoló con tales palabras, pues no habia visto aún entre los indígenas nada que le pudiese dar una idea clara de la vida futura, y bendijo al Señor por haberle concedido esta luz á los hombres de buena voluntad, relegados á tan remotas playas. Aquel anciano le recordó uno de esos justos de la ley

(1) Fernando Colon, *Historia del almirante*, capítulo LVII.

(2) «Si igitur te mortalem esse, et unicuique pro presentibus operibus futura merita obsignata memineris, neminem infestabis.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ, Decadis primæ*, lib. III, fol. 9, § D.

antigua, habitando, como Raquel, entre los pueblos idólatras, y le respondió: que habia venido del otro lado del Océano, enviado por sus reyes, para enseñar la verdadera religion (1), hacer imperar la justicia, someter los inhumanos caribes, obligándolos á la paz, y proteger á las naciones pacíficas.

Al oirlo el cacique derramó lágrimas de alegría (2), y con gran contento escuchó la descripcion que le hizo Diego del esplendor de los monarcas españoles. Penetrado de la grandeza de sus huéspedes, y seducido por la majestad de su jefe, anunció su resolucion de seguirlos. Olvidando sus años, queria atravesar los espacios del Océano, para ir á contemplar aquellas cosas, cuya descripcion lo entusiasmaba; pero su mujer y sus hijos se arrojaron á sus piés suplicándole no los abandonase, y él, enternecido con su desconsuelo, consintió en no apartarse de su pueblo.

El anciano habia observado la naturaleza, viajado por las islas vecinas, y adquirido relaciones en la Española, donde conocia á muchos jefes. Sus excursiones lo habian llevado muy hácia el occidente de Cuba, y sus respuestas contribuyeron á confirmar á Colon en la idea, de que tambien participaban los pilotos, de que estaba en la frontera de un continente.

Durante los dias que permanecieron á orillas de aquel rio, que recibió el nombre de la Misa, sus habitantes los surtieron de provisiones, y Colon pudo carenar algun tanto sus naves y hacer agua, leña y pescado asado. El 16 de Julio se dirigió á la Española; mas en el momento de ir á doblar el cabo de Santa Cruz, un chubasco repentino y de los más recios, lo sorprendió, poniéndolos á pique de ser víctimas. Una maniobra pronta los sacó del paso: en un abrir y cerrar de ojos quedaron aferradas las velas y echadas las áncoras más gruesas. Pero la *Santa Clara* estaba de tal modo quebrantada con los escollos, que hacia agua por muchas partes, y á duras penas los esfuerzos de los cala-

(1) Andres Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos*, Ms., cap. CXXX.

(2) «El buen anciano derramaba lágrimas de alegría.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, § 17.



fates y de las bombas podían impedir se fuese á pique. Para colmo de desgracia, los víveres faltaban, y cada hombre no tenía diariamente, incluso el almirante, más ración que una galleta y una copa de vino. El peligro fué tan grande, que Colon escribió á la reina: «Plazca á nuestro Señor que mis fatigas aprovechen á su santo servicio y á VV. AA. En cuanto á lo que á mí toca, no me expondría á tantos trabajos y peligros por el interés; que no se pasa un día en que no vea á cada instante cercana la muerte» (1). Las olas azotaban con tal violencia, que metieron bajo el agua las bordas de la *Santa Clara*, y la tripulación ya no esperaba ningún socorro humano para levantar la carabela. En la inminencia del naufragio, Dios socorrió á su servidor, permitiéndole ponerse al abrigo de una ensenada del cabo de Santa Cruz, donde los naturales le trajeron en abundancia pan de casave, pescado cocido, volatería, agutis y frutas de todas clases.

El almirante empleó tres días en dar descanso á su gente y carenar su buque. Como el viento contrario proseguía cerrándole el camino de la Española, se dió á la vela el 22 de Julio con rumbo á la Jamáica, para terminar su reconocimiento. Allí también le acometían borrascas todas las tardes, y sus buques y tripulaciones experimentaban la mayor fatiga. Buscando la causa de semejante irregularidad, la encontró en la abundancia de bosques y en la elevación de los cerros, coronados de una vegetación impenetrable, lo que le hizo pensar en que las lluvias, en otro tiempo regulares también en las Canarias, en Madera y en las Azores, disminuyeron mucho desde que se taló gran parte de sus bosques.

Habiéndose cambiado el viento al N. E. mandó poner la proa á la Española con tanto acierto, que al otro día, 20 de Agosto, llegó al cabo occidental de la isla, absolutamente desconocido, y que puso bajo la invocación del arcángel San Miguel.

(1) «Piacca a Nostro Signor che ciò sia per suo santo servizio e delle Altezze Vostre percióche, per quel che á me toca, io non mi metterei piú á tanti travagli e pericoli, etc.»—Fernando Colon, capítulo LVIII.

El sábado 23, una gran canoa, conduciendo á un cacique, atracó á las carabelas, diciendo en alta voz y en castellano: «Almirante, almirante, ¿quién te ha dicho que este cabo debe ser de la Española» (1). En efecto, él no lo sabía, y se hallaba en él, sin embargo, habiéndolo ganado en línea recta con exactitud prodigiosa. Su objeto era dirigirse á las islas de los caribes.

Al considerar la raza infame que de tantos siglos atrás asolaba los magníficos jardines que la Providencia había dispuesto para mansión de la paz y felicidad de sus hijos; al recordar sus constantes violaciones de las leyes de la humanidad, sus apetitos homicidas, la impunidad con que se enorgullecía su barbarie, su destrozo entre los pueblos pacíficos, que se estremecían de horror al oír su solo nombre, resolvió sujetarla, obligarla á trabajar en provecho de los pueblos inofensivos que se había acostumbrado á devorar, y por medio de este acto de justicia, atraer el reconocimiento de los insulares á los cristianos, cuya religión abrazarían con diligencia. Para esperar que la reina resolviera con respecto á tan feroces ladrones, quería al menos recorrer con sus carabelas el archipiélago, registrar sus guaridas, é incendiar sus cabañas y sus canoas (2), con el objeto de impedirles siquiera proseguir por más tiempo en sus iniquidades. Esperaba bloquearlos de tal modo, que tuvieran que concentrarse en sus islas y cultivarlas, en vez de transportar á ellas á sus hermanos para cebarlos y comerlos.

Después de haber experimentado nuevas tormentas, reconoció el 24 de Setiembre el cabo más oriental de la Española, y lo llamó San Rafael. No obstante el mal estado de sus buques, como la mar estuviera tranquila, se partió para las caribes, cuyo poder se le hacía tarde aniquilar. Pero sin duda Dios no quiso

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales*, década I, lib. II, cap. XV.

(2) «Hoc animo ut iterum cannibalium insulas devastaret canoasque eorum omnes combureret, ne nocere ulterius lupi rapaces finitimis ovibus possint.»—Petry Martyris Anglerii, *Oceana, decadis prime*, lib. III, fol. 10.



que su servidor, el mensajero de paz, la dulce poloma, emblema de la regeneración espiritual, cumpliera una misión de castigo vengador, y apenas hubieron pasado la isla Mona, llevados por un viento favorable hacia las madrigueras de los antropófagos, el poder invisible que lo sostenía se apartó de él, y entonces, abandonado á las leyes de la naturaleza, tuvo que sufrir sus consecuencias. Hacía justos cinco meses que había salido de la Española.

Durante ciento cincuenta días consecutivos sus investigaciones de la naturaleza, su contemplación de las obras de Dios, su vehemente adoración del Autor de tanta maravilla, los esfuerzos de su inteligencia para penetrar los secretos del mundo, resolver las contradictorias interpretaciones de los indígenas y tocar algún átomo de verdad geográfica, su lucha con los elementos, teniendo á su alma, á su espíritu y á su cuerpo en un triple movimiento, habían apurado sus fuerzas. El sentimiento de su responsabilidad, la necesidad de dirigir constantemente él mismo una tan dificultosa navegación, que bien puede decirse que su mayor parte no fué sino un largo naufragio, se antepusieron á su edad, á sus dolencias, fruto de sus trabajos marítimos, á la falta de alimento, á todo, en suma, mientras duró el peligro; pero al reaparecer la dulce brisa y el reposo del mar, sus fuerzas se disiparon y la carne volvió por sus derechos.

Cada uno de sus órganos se sumergió en un sueño profundo; todo su ser cedió á un cansancio que excedía á las fuerzas humanas. La postración, como su causa, fué general y absoluta, dejando en suspenso sus facultades físicas y morales. Era un letargo completo, y sin las lentas pulsaciones del corazón y la flexibilidad de los miembros, hubiérase creído que aquel alma sublime había volado á la mansión del Creador.

En estas circunstancias, los pilotos entregados á sí propios, y considerando la imposibilidad de proseguir entre las Caribes con carabelas en tan mal estado, volvieron la proa á la Isabela.

Dos meses antes de salir Colon para su segundo viaje, había dirigido Portugal á Casti-

lla una protesta contra las bulas fechas 3 y 4 de Mayo de 1493, que según decía, atentaban á los derechos con que su corona estaba investida precedentemente (1).

La corte de Castilla, temerosa de ver alterarse las buenas relaciones con su aliada, quiso examinar atentamente su reclamación, y el 30 de Julio de 1494 encargó Isabel á D. Gutierrez de Toledo, primo del rey y catedrático de la universidad de Salamanca, le enviase sin tardanza á Segovia los maestros de astronomía y geografía que juzgara más capaces, para conferenciar con los pilotos que ella había convocado (2). Y el gran cardenal de España escribió el 26 de Agosto siguiente al sabio lapidario de Burgos, Jaime Ferrer, hombre de fe sincera, naturalista, viajero y geógrafo, para que viniese inmediatamente con sus mapas é instrumentos, para una rectificación de medidas (3).

Sin embargo de dirigirse á Castilla, Portugal se agitaba entre los miembros influyentes de la corte pontificia, y ponía en juego los últimos esfuerzos de su diplomacia, para obtener de la Santa Sede, bajo cualquier forma, la invalidación de las bulas concedidas á España. Pero á las observaciones de los cosmógrafos portugueses y á las instancias y solicitudes del rey Juan II, el Papa respondió lisa y llanamente, que de antemano había prevenido toda disputa, tirando una línea de demarcación de un polo á otro (4), y que su fallo era irrevocable. La corte española hizo saber por su parte á la Santa Sede la reclamación de Portugal, y el Papa le dió la misma respuesta.

(1) Ferreras, *Historia general de España* XI. parte. t. VIII. p. 150, en 4.

(2) «E los mas suficientes destos que os pareciere nos enviéis aquí lo más presto que ser pudiere.»—*Suplemento primero á la colección diplomática*, número XVII.

(3) «Por ende rogámosvos que vista esta letra nuestra partais y vengais aquí á Barcelona y traed con vos el mapamundi y otros instrumentos, etc....»—*Colección diplomática*, continuación del número LXVIII.

(4) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*, Década 1.ª, lib. II, cap. V.